

# Eslabones de una cadena

Hay pocas cosas en la vida de un adulto más difíciles de sobrellevar que hacer el ridículo. Es todavía peor si el adulto no sabe ni sospecha que está quedando en ridículo, y hay pocas fuentes más eficaces y garantizadas de ridículo que el adanismo.

Un ejemplo muy gráfico de adanismo es, precisamente, el de la paternidad. En este siglo y en Occidente, millones de padres jóvenes y no tan jóvenes rompen o no receptionan el conocimiento acumulado sobre aspectos básicos de la paternidad. Desde el parto mismo (desdeñando obscenamente el privilegio occidental de que la práctica totalidad de las parturientas puedan dar a luz en centros hospitalarios con todas las atenciones y medios), pasando por la escolarización (rechazando el privilegio de la educación universal y de calidad, gratuita o no; si no creen en ese privilegio, interésense por la educación en la RD de Congo) y hasta llegar a los modelos de relación padres-hijo (renunciando al rol de padre en favor del de amiguete del hijo).

El ridículo del adanismo es evidente: actuar e incluso expresarse como si fueran los primeros en el mundo en algo con obvios precedentes. Por motivos estéticos, el ridículo es lo peor que uno puede hacer. El rechazo a la cadena es algo distinto, porque es deliberado y se asumen las consecuencias. Se conoce y reconoce lo anterior, pero no se acepta.

El reconocimiento vacuna contra el ridículo, y las razones de cada uno son personales. P.e., la religión heredada puede aceptarse, cambiarse o rechazarse. Ninguna de las opciones es más válida que las demás. En otros casos no hay opción: la emigración, hasta hace no demasiado, suponía romper con la raíz local al ser la comunicación extremadamente difícil y cara y el retorno más aún. Antes de los indianos hubo millones que fueron y no volvieron. La inmigración peninsular hasta hace pocas décadas no dejaba conexión con “el pueblo” o, si lo hacía, no era nada sencillo que se heredase.

Hay cadenas que son máximas. Por más que la religiosidad sea importante, no es socialmente tan absoluta como la identidad en nuestra Europa secular. La religiosidad es algo ante todo individual y todo lo más comunitario, mientras que la identidad es colectiva. Ser español, por ejemplo, no es asunto de cada uno. Es asunto nuestro, tanto si se acepta como si se rechaza.

Y ahí España vive una situación inédita desde hace algunas décadas. Parte de la población rompió con esa cadena máxima y quedó sin alternativa. Parte de la población rechazó a la identidad a través de sus símbolos y significantes: la bandera,

el himno, hasta la propia palabra ha dejado de salir de ciertos labios sin profundo y esputante desagrado y rencor. Por no permitirse decir España, hablan de Españita, Españistán, Ejspaña, según toque en cada momento.

Esa ruptura sin alternativas tiene una consecuencia inevitable: el vacío. Ser no español, para un español sin identidad alternativa, es no ser parte de ninguna nación. Muy pocos espíritus cultivados y elevados se han identificado en el pasado con la cosmópolis... y sólo a nivel de ideal. Porque mientras que un abstracto puede seducir y generar discurso, la identidad compartida genera pertenencia y es motor de acción. La cosmópolis nunca ha traído ni la guerra, ni la paz, ni fiestas en las que miles y millones reímos y nos abrazamos.

El vacío identitario genera desazón, claro. Falta algo esencial. Y ya saben lo que ocurre con el vacío: que dura hasta que algo lo llena.

Millones buscan una causa. En muchas ocasiones, una detrás de otra. Cada moda ideológica se adopta y se comenta con el fervor de la anterior, porque puede que ésta sea la de verdad. Y ojo, en ocasiones lo es. En ocasiones, hay quien se queda encerrado con un solo juguete. O hay quien colecciona y acumula causas como sellos o como las Staceys Malibús de Smithers.



Pero ni los sellos, ni las barbies, ni las causas generan el sentido que le dan a la vida de un ser humano el saberse eslabón de una cadena. Sobre todo, si la cadena es la Patria y va desde el lejano pasado hasta el futuro en el que no seamos ni recuerdo.

Y así llegamos a nuestros días de asimetría abismal: unos pugnan por llenar el vacío identitario y contemplan como otros no lo padecen. Tanto les duele compararse que buscan compensarla con el mal ajeno: por no ser, atacan y denigran cuanto pueden a lo que somos. El rechazo les hace unirse a los que odian a España y sí tienen una identidad nacional alternativa (y en no poca medida, construida rechazando a España). No hay más que escuchar los melifluos elogios de Pablo Iglesias a los enemigos de España para constatar que hay algo más que dinero en su acción continuada contra nuestra nación.

Cuanto más despierta España y la Hispanidad, más se desesperan. Cuantas más voces se alzan reclamando ser los siguientes eslabones, más tienen que enfrentarse a

su vacío. Cada vez se preocupan más por la “Leyenda Rosa” y el “rancio nacionalismo español”. Y aunque en apariencia el rechazo sin alternativas a España ya ha generado algunos eslabones (hasta tres generaciones, según lo contemos), nunca ha dejado de ser negación, a veces despectiva, las más de las veces furibunda y enamorada del mal ajeno. Y siendo esa su naturaleza y no permitiendo el vacío construir, llegará un momento en el que se detenga y no continúe.

No sé si yo lo veré. La verdad es que no me puede importar menos, sabiéndome como me sé eslabón de España, habiendo aceptado mi herencia y preparando la que van a recibir los españoles que vengan detrás.

P.S.: estas líneas nacen al calor de las conversaciones con mis compañeros de [www.misionhispana.es](http://www.misionhispana.es)